

predecesora *Martín Fierro*, de 1919, centrada en la sátira política y cuyos animadores fueran Arturo Cancela, Alberto Gerchunoff, Guerrero Estrella, Carlos D. Viale, Evar Méndez, Héctor P. Blomberg, Hipólito Carambat, José Santos Gollán, Guillermo O. Talamón, Samuel Eichelbaum, Manuel Bronstein, Roberto Martínez Cuitiño, Edmundo Guibourg, José S. Salinas, Luis Le Bellot y José B. Cairola. Algunos de ellos sobrevivieron en esta segunda época, encabezados por el animoso Evar Méndez y, como dije, conservaron inicialmente el tono de sátira política en artículos como «El anillo de amatista», de Pedro García (sobre la negativa del pontífice y sus razones para nombrar obispo a monseñor De Andrea), la «Balada» caricaturesca del intendente, señor Martín Noel, o la «Declaración» de Haya de la Torre, por entonces presidente de la Federación de Estudiantes del Perú.

En los números 2 y 3 se observa ya un alejamiento de lo eminentemente político y civil, una mayor concentración en figuras o cuestiones del campo intelectual: otra «Balada» ridiculiza al historiador Ricardo Levene; «Un gramático», a Arturo Costa Alvarez; «El diablo metido a fraile», a Ortega Ackermann, y «Las letras en los diarios y revistas» zahiere sobre todo a artículos irrelevantes aparecidos en periódicos (*La Prensa*, *La Nación*, *La Razón*), en los magazines de mayor circulación (*El Hogar y Mundo Argentino*) y en algunas revistas literarias con las que no simpatizaban (*América*, *Nuestra América* y *Nosotros*)¹². A eso sumo el Cementerio de *Martín Fierro*, uno de los hallazgos humorísticos de la publicación, y donde se ensañaban con sus rivales (Jorge Max Rhode, Miguel A. Camino, Juan Torrendell, Manuel Gálvez, Arturo Capdevila, Leopoldo Lugones, etc.) o se burlaban desenfadadamente entre ellos mismos. Dentro de esa tónica despreocupada y alborotadora caben también sus numerosas comidas (en honor de Marinetti, Gironde, Borges, Evar Méndez, *Don Segundo Sombra* y su autor), a las cuales solía clausurar algún desopilante discurso de de Macedonio Fernández o los que pronunciaba encaramanda sobre alguna mesa Norah Lange.

Tales ataques eran coherentes con lo que podríamos considerar editorial del primer número, «La vuelta de *Martín Fierro*», donde aludían a «el ambiente enrarecido a fuerza de plitud, de ausencia de verdad y de amplia libertad en la expresión del pensamiento». Y retomado más concretamente como falta de un público acorde con las nuevas inquietudes artísticas de los jóvenes en «De música. El público y los autores modernos» y en «Una tarea». Lo que todavía ocupa un lugar restringido en esos tres primeros números es la promoción de nuevas figuras y de una nueva escritura, si bien puedo consignar la presentación de «Guillermo Apollinaire» por E. P., los «Membretes» de Oliverio Gironde y las bibliográficas dedicadas a los libros de Nalé Roxlo y

¹² Si bien, esta revista no desconoció la eclosión del joven vanguardismo y le franqueó sus páginas en más de una ocasión, exhibió un ideario estético preponderantemente realista, el de Roberto F. Giusti, uno de sus directores. Además, era demasiado respetuosa del prestigio que ostentaban Ricardo Rojas, Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Manuel Gálvez, etc., como para que los colaboradores de *Martín Fierro* la «perdonaran». Aparte de frecuentes alusiones despectivas indirectas, en el número 33, MARECHAL, BERNARDEZ y VALLEJO publican una «Solicitud» dirigida a los directores de *Nosotros*, a la que *Martín Fierro* «se adhiere con entusiasmo», pidiendo, entre otras cosas, «el entierro inmediato del difunto» y que «con los bienes del finado, se dé nacimiento a una revista de vanguardia».

Córdoba Iturburu en el número 1, el elogio de Oliverio Girondo, la reproducción de su «Carta abierta a La Púa», así como de algunos de sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, junto a tres poemas de *Las trompas de Falopio*, de Pedro Herreros, en el número 2; un *Lied*, de Keller Sarmiento, y un par de poemas de Andrés L. Caro, en el número 3. Ese aspecto es el que más crece a partir del número 4, en que con la inserción del *Manifiesto* (sin firma, sabemos hoy que lo redactó Oliverio Girondo) esta publicación se define abiertamente. La denuncia de «hipermeabilidad hipopotámica en “el honorable público”» o la «funeraria solemnidad del historiador y del catedrático», así como la postergación de la vida ante las bibliotecas y la pasividad acomodaticia, son los aspectos negativos del texto. A ellos se añade otro, programático, que se basa en la existencia de «una NUEVA sensibilidad y de una NUEVA comprensión» capaz de desentumecer a los jóvenes, adecuarlos al mundo contemporáneo, hacerlos sentirse orgullosos de su condición de americanos. Por ese camino, *Martín Fierro* «tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación», se siente seguro de lo propio sin «desconocer que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés».

Tales afirmaciones merecen ser comentadas. Por una parte, sobresale la certeza de que nuestro lenguaje no debe renunciar a sus particularidades, ni temerle a sus diferencias respecto del castellano peninsular e incluso del de otros países americanos. Sobre ella insistieron más adelante otros artículos, como «Hispanoamericanismo» (núm. 17), de Pablo Rojas Paz, y cuando la revista se pronuncie airadamente contra la pretensión de que el meridiano cultural hispanoamericano parta de Madrid —formulada por Guillermo de Torre en el núm. 8 de *La Gaceta literaria* madrileña—, una de las respuestas, que escandalizó a sus contenedores, fue formulada en jerga arrabalera y firmada burlescamente por Ortelli y Gasset (véase «A un meridiano encontrado en una fiambarrera», del núm. 42). Por otra parte, percibe que esos intentos de despegue cultural autónomo no se apoyan en una industria propia equivalente ni la reclaman. Se establece así un desfase entre lo cultural y lo económico-político que *Martín Fierro* arrastraría a lo largo de toda su trayectoria. Evar Méndez, director de la misma de los números 1 al 17 y 36 a 45 (durante un período intermedio, números 18-35, integró un Comité del que participaban también Girondo, Sergio Piñero y Alberto Prebisch) consiguió imponerle cierto apoliticismo, tras el cual se encubría su fidelidad a los próceres de la Argentina oficial. Salvo una nota aislada y que reproducía otra aparecida en la *Revista de Occidente* (véase «Impresión de un economista de la Argentina», núm. 16), acerca de nuestra dependencia económica de Inglaterra, *Martín Fierro* se debatió en la contradicción de proponer una revisión del sistema artístico vigente sin vincularlo con una política cultural consecuente y por eso mismo estalló, a fines de 1927, cuando ante la inminente renovación presidencial un grupo importante de sus colaboradores (Francisco L. Bernárdez, Nicolás Olivari, Pablo Rojas Paz, Leopoldo Marechal, Ulises Petit de Murat y Jorge L. Borges) conformaron el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes, en oposición al alvearismo de Evar Méndez.

Volviendo atrás, una característica esencial de la revista fue su apertura hacia lo

nuevo que llegaba principalmente de Europa, a la difusión de escritores como Paul Morand, Aldo Palazzeschi, Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, Valery Larbaud, etc. No es de extrañar por eso que sus colaboradores viajaran con frecuencia al Viejo Continente y eso fuera motivo de informaciones, en especial cuando tales viajes —el caso de Girondo, pero también de Bernárdez, Piñero o Marechal— les permitían oficiat como corresponsales del periódico. Por esa vía consiguieron que Maurice Raynal, Germaine Curatella Manes, Nino Frank, Jean Prevost y Marcelle Auclair colaboraran en *Martín Fierro* desde los números 27/28 y que más tarde, por mediación de Guillermo de Torre, lo hicieran, asimismo, algunos escritores españoles jóvenes.

Una virtud de la publicación fue ir acordándole un espacio cada vez más significativo a las artes plásticas e incluso a la música ¹³: del pintor cubista argentino Pettoruti se ocupó Xul Solar en los números 10/11 y Alberto Prebisch, con motivo de su exposición en la galería Witcomb, en el número 25. El mismo Prebisch escribió sobre el «Salón de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas» (núms. 5/6) alertando acerca del carácter retardatario de la muestra, salvo contadas excepciones y, juntamente con Vautier, firmaron muchas notas vinculadas con la arquitectura o la decoración de avanzada, con las necesarias ilustraciones. Si repasamos los nombres de plásticos argentinos (Butler, Basaldúa, Curatella Manes, Fioravanti, Badi, Centurión, Iruetia, Gutero, etc.) y extranjeros (Picasso, Braque, Seurat, Bourdelle, Dalí, Ernst, Orozco, Rivera, etc.) que destacaron «... se comprenderá la labor cumplida por Martín Fierro en el terreno de las artes plásticas» ¹⁴. La nota de El Director titulada «Quién es Martín Fierro?» (núms. 12/13) reitera la necesidad de crear «un ambiente artístico» y favorecer «la avanzada intelectual» revolucionaria, «en oposición al espíritu reaccionario o conservador, cuyos representantes, si por propia equivocación un momento formaron parte del grupo, fueron eliminándose al comprender su error, como es el caso ocurrido últimamente» ¹⁵. De ahí también su interés por un invento con enormes posibilidades artísticas, como el cine, del cual se ocupó en reiteradas ocasiones Leopoldo Hurtado.

En cuanto a enemigos, señalé ya los que eran identificados en el primer número. Dentro de ese bloque, sin embargo, podría desglosar, por un lado, a los académicos, jurados, funcionarios oficiales y escritores consagrados. En ese rubro entrarían notas como «El Concurso Municipal» (núms. 3/4), «Emoción y S», de González Lanuza (núms. 10/11), «Al público» (núm. 19), «Un cuadro rechazado» (núm. 24), etc. Con respecto a Lugones, verdadero paradigma del intelectual en esos momentos, los

¹³ Ya en el primer número, LUIS LE BELLOT en «De música. El público y los autores modernos» habla de un «persistente malentendido entre el público y los compositores que representan la vanguardia en el momento actual» y de que se debería educar «la sensibilidad y sentidos perceptivos para la comprensión de los autores modernos». A ese fin destinan luego, creo, artículos como «Pacific 231 de Hoenegger» en el número 20 y «Hoenegger y Le Roi David» en el número 24, ambos de F. E. BULLRICH, así como los comentarios acerca del director Eugenio Ansermet y su repertorio.

¹⁴ GONZÁLEZ LANUZA, F.: *Los martinfierristas*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961, pág. 95.

¹⁵ La alusión puede estar dirigida a quienes —es el caso de Nalé Roxlo, Ernesto Palacio, que firmaba con el seudónimo Héctor Castillo, u Horacio Rega Molina— habían desertado de la empresa por no coincidir totalmente con su orientación.